

# EL MAPA DE LOS RECUERDOS DE AUGUSTO GONGORA

Luego de ser responsable de la programación cultural de TVN durante dos décadas, el periodista Augusto Góngora fue diagnosticado de alzhéimer a fines de 2014. Desde entonces, él y su pareja, la actriz Paulina Urrutia, enfrentan los efectos progresivos de una enfermedad que hoy no le permite leer y poco a poco carcome sus recuerdos. “Lo que me da terror es que Augusto se olvidé de mí. Ese es mi miedo”, dice ella.

POR ESTELA CABEZAS A. FOTOS SERGIO ALFONSO LÓPEZ DIRECCIÓN DE ARTE MANUEL GODOY



—¿Augusto, te acuerdas cuando nos conocimos?

Augusto Góngora, periodista, 66 años, uno de los responsables de *Teleanálisis*, el recordado noticiero clandestino de los años 80, creador de la productora Nueva Imagen y por veinte años a cargo de los programas culturales de TVN, fija lentamente sus ojos azules en su esposa, la actriz Paulina Urrutia, y dice:

—Es que nos conocimos de muchas maneras.

Luego, se larga a reír.

—¿Ves?, no se acuerda, pero en vez de decir “no sé”, tira la pelota al córner. Eso se llama recursos y es lo que él más ha desarrollado en estos últimos cuatro años —dice Paulina Urrutia.

—Aprendí a pasar *piola* —explica él.



Paulina Urrutia y Augusto Góngora se conocieron en septiembre de 1997. Ella acababa de terminar una relación de siete años y él, una de las tantas que había tenido después de su separación. Él fue a verla al teatro y quedó encantado. Más tarde se consiguió su teléfono para invitarla a salir.

—¿Qué iba a hacer yo con este caballero 17 años mayor? —dice Paulina Urrutia, recordando esa llamada que le pareció tan rara—. Para mí era como que me estuviera invitando a salir Sergio Livingsgtone. Pero era tan canchero y seguro, que dije ¿por qué no?

Tres meses después, el 25 de diciembre, al salir del cine, él le dio el primer beso y le pidió pololeo. A ella, niña educada en las monjas, su forma de ser caballerosa la conquistó.

—Él siempre ha hecho todo —dice.

Es un domingo de julio y Paulina Urrutia está sentada en la terraza de un café de Ñuñoa. Augusto Góngora, a su lado, la escucha atento. A veces la interrumpe, otras, guarda largos silencios. Ella pide los cafés de ambos y, cuando llegan, abre el azucarero y le echa dos cucharadas a la taza de él y una a la de ella. Luego, toma una manta y la deja sobre las piernas de él.

—Siempre fue olvidadizo, nunca sabía dónde dejaba las llaves —dice Paulina Urrutia—. Eso no fue un problema hasta fines de 2014, cuando empezó a pasar más seguido.

Ese año Góngora hacía clases en un magister de la Universidad Finis Terrae. Iba tres noches a la semana. Una de ellas, regresó a su casa con un topón en el auto y no se acordaba de cómo eso había pasado. Otra vez salió de clases y, simplemente, olvidó donde había dejado estacionado su auto. Paulina empezó a prestarle atención. La alarma saltó cuando, en el cumpleaños de uno de sus amigos, mientras le cantaban al festejado, él le preguntó: “¿Quién está de cumpleaños?”.

—Una tía mía, la Galita, tuvo alzhéimer y yo participo en la Corporación de Enfermos con Alzhéimer. Entonces, me di cuenta de que nada de esto era normal —dice la actriz.

Fueron al doctor y, tras unos exámenes, el diagnóstico fue lapidario: trastorno cognitivo leve de tipo amnésico.

—Pucha, el nombre largo —dice él con humor—. Lo que yo tengo es alzhéimer.

**—Augusto, ¿no le complica decir que tiene alzhéimer?**

—Ahora, no. Cuando llego a alguna parte lo primero que digo es que tengo algunas dificultades, porque tengo alzhéimer.



El padre de Augusto Góngora era empleado bancario y su madre inspectora de colegio “y muy católica”, recuerda su hijo. Ella siempre tuvo la secreta esperanza de que él terminaría siendo cura.

—Pero yo *nica* —dice Augusto, moviendo lentamente el dedo índice de izquierda a derecha.

No fue cura, pero sí se relacionó con el mundo eclesiástico. Fue cercano a Cristián Precht, el sacerdote que organizó la Vicaría de la Solidaridad y trabajó con el cardenal Raúl Silva Henríquez, cuando empezó —con 23 años— a editar la revista *Solidaridad*, una publicación que entre 1976 y 1988 expuso las violaciones a los derechos humanos de la dictadura.

—Estaban pasando cosas horribles y dijimos: “Hagamos algo” —recuerda él.

—¿Augusto, te acuerdas lo que te dijo el cardenal Silva Henríquez cuando le mostraste la revista por primera vez? —pregunta Paulina.

—A ver... tenía que ir para su casa y mostrarle la revista. Entonces me dijo: “Hay que hacerlo con cuidado” —responde él.

—¿Y te dijo algo más?

—Me dijo: “Siga, siga, pero

“  
Lloré y lloré.  
El día que  
me dijeron que  
tenía esta  
enfermedad,  
salí de la  
consulta y lo  
único que  
hice fue llorar  
”

tenga mucho cuidado”. Después agregó: “¿Tomémonos una cosita?” —dice riendo.

En 1984, Góngora comenzó a editar *Teleanálisis*. El encargo de este nuevo noticiero era el periodista Fernando Paulsen, quien lo invitó a trabajar ahí.

—Augusto comenzó organizando, pero además comenzó a aparecer presentando las notas que hacíamos en las poblaciones. Se transformó en el rostro de *Teleanálisis* —recuerda Paulsen.

Cada capítulo se grababa en VHS y luego esos casetes se distribuían en parroquias y sindicatos con un solo mandato: “Piratéelo y siga distribuyéndolo para que lo vea más y

más gente”, recuerda Paulsen.

Con el tiempo, el trabajo de *Teleanálisis* se hizo cada vez más valorado.

En 1986, Góngora se transformó en el director del noticiero y comenzó a encargarse de conseguir los recursos para su permanencia. Tuvo éxito. En 1989 ya era una empresa pujante, pero se produjo la separación.

—No llegaron a acuerdo con los dueños y él, que es un líder muy fuerte, se fue y armó su propia productora: Nueva Imagen —recuerda Paulsen.

Con Nueva Imagen Góngora realizó programas icónicos tras el retorno a la democracia, como *Cine Video* o *El show de los libros*. En 1993, en tanto, llegó a TVN para hacerse cargo del área cultural: ahí estuvo 20 años, hasta 2010 cuando lo despidieron.

—En TVN fue donde estubo más tiempo. Hoy lo que más recuerda del canal es su partida —dice Paulina.

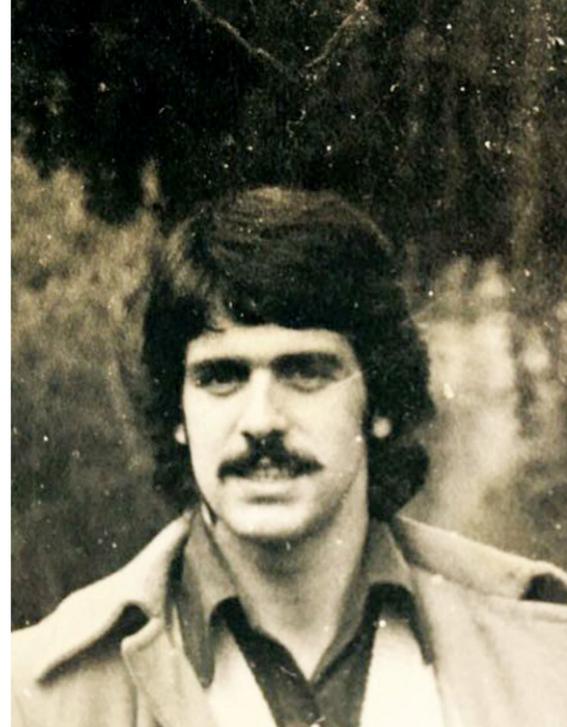
—Fue bien terrible. Estábamos con la directora de programación en una reunión, cuando de repente me mira y me dice: “¡Góngora, fuera!”. Así fue como salí de TVN —recuerda el periodista.

—No fue tan así —dice Paulina en voz baja— Pasa que con esta enfermedad, los recuerdos pueden cambiar. Tal vez eso es lo que él sintió que pasó, pero no necesariamente fue así.

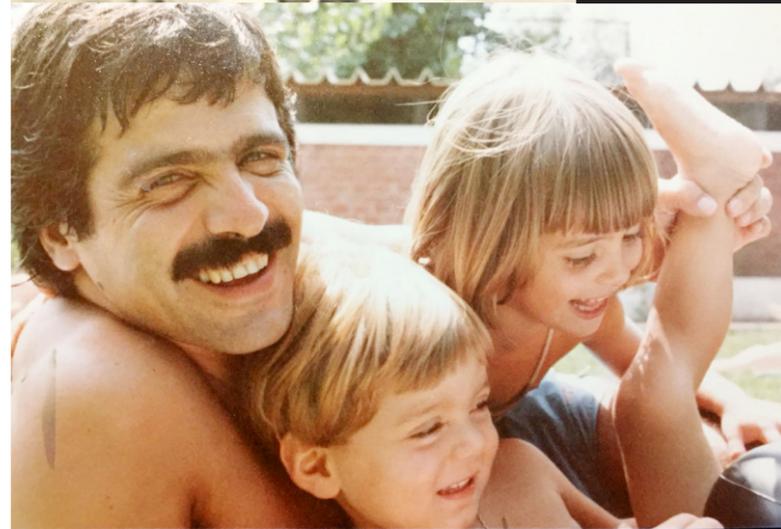
Góngora estuvo dos años cesante. “Fue una época en la que nos faltó todo”, dice él. “Fue un tiempo para olvidar”, dice ella, que también quedó sin trabajo.



Luego de la salida de TVN decidió reinventarse. Era 2011 y, con 59 años, entró a estudiar a la escuela de coaching Newfield. No fue fácil: todo era nuevo. Se esforzó por aprender. Estuvo un año estudiando sin ganar ni un peso. Al año siguiente se quedó trabajando como ayudante en la misma empresa. Tampoco le pagaban por ese rol.



“En Chile este tema es súper complejo, porque cuando a una persona lo diagnostican, es como que le ponen una lápida. Augusto al principio tenía muchos pudores, sentía que lo iban a mirar mal”, dice Paulina Urrutia. En la foto de arriba a la izquierda, en la época de *Teleanálisis*. Abajo, con sus hijos Javiera y Cristóbal. A la derecha, arriba, en su matrimonio. Abajo, junto a su familia actual.



FOTOS: AUGUSTO GÓNGORA

Finalmente, en 2013 lo contrataron en Newfield jornada completa. A mediados de 2015, les contó a sus jefes de su enfermedad.

—Estábamos trabajando juntos y yo me empecé a dar cuenta de algunas cosas. Por ejemplo, se le olvidaba qué persona estaba a cargo de qué proyecto. Decidí hablar con él, pero justo ese día, él me lo contó —dice Chrsitián Manríquez.

Durante ese año recuerda que Augusto Góngora se comenzó a quedar en silencio en las reuniones. Tenía temor a cometer errores y decir cosas inapropiadas. A pasar por tonto, dice Manríquez.

Casi a finales de 2015, acordaron la forma de salir de Newfield juntos.

—Él salió antes de que se lo pidieran, y de que pudiera perjudicar a alguien —dice Cristián Manríquez.



—Lloré y lloré. El día que me dijeron que tenía esta enfermedad, salí de la consulta y lo único que hice fue llorar —dice Augusto Góngora.

El periodista viste hoy un pantalón negro, un suéter rojo y una chaqueta negra. Cuando se levanta, con su 1,73 de estatura, se ve como un hombre bien mantenido, para nada enfermo.

—Hago Pilates tres veces a la semana —dice Góngora.

Ella, con su pelo con canas, ojos brillantes y sonrisa expresiva, dice:

—En Chile este tema es súper complejo, porque cuando una persona la diagnostican, es como que le ponen una lápida. Augusto al principio tenía muchos pudores, sentía que lo iban a mirar mal. Tenía mucha pena por no poder trabajar. Y eso le provocaba mucha angustia. Al principio, no quiso hablar con nadie, ni siquiera con sus hijos —dice Paulina Urrutia.

Augusto tiene dos hijos, Javiera y Cristóbal, de 40 y 38 años, que son muy cercanos a él: años

después de la separación de él con la madre, Patricia Naut, los hijos eligieron vivir con él en su casa en La Reina. Ocurrió cuando Javiera tenía 12 y Cristóbal 10. Se quedaron con él muchos años: Javiera hasta los 19 y su hermano hasta los 28.

Ambos recuerdan cómo fue que se enteraron de que su padre tenía alzhéimer:

—Fue todo raro, porque la Paulina nos citó sin mi papá. Eso no pasaba nunca. Bueno, y ahí nos contó —recuerda Javiera.

—Nadie se espera que te den una noticia tan mala como esa. Fue como que se abriera un hoyo debajo de los pies —dice Cristóbal.

Después de esa conversación con Paulina recuerdan que se quedaron casi mudos por varias semanas. Si tratan de recordar ese día, la imagen está borrosa. Una nube envuelve todo.

Sentado en el café, Augusto Góngora mira hacia la calle. Disfruta viendo a la gente pasar, el paisaje, la luz, las flores, la cordillera.

—Lo que sucede con el cerebro en esta enfermedad es que hay cosas que se van perdiendo, pero hay otras que se agudizan —explica Paulina—. A él hoy le pasa algo con los colores, le maravillan.

—¿No le dio susto perderse?

—No —responde Augusto—, ¿sabes por qué? Porque me acostumbré a pedir ayuda: “Oye, ¿por dónde me tengo que ir para llegar a tal parte?”. Es que no tengo miedo, ese es el punto. Ya que tengo alzhéimer todo lo demás está abierto. Puedo equivocarme, puedo pararme y conversar en la calle. Vamos para adelante.

—El alzhéimer es una enfermedad degenerativa progresiva, por lo que cada cierto tiempo, que suele ser corto, alguna función se pierde. Por ejemplo, hasta hace algunos meses él aún andaba solo en micro. Hoy ya no puede —dice Andrea Slachevsky, su neuróloga.

—Cada día notas que algo que hasta ayer estaba, hoy ya no está —dice Paulina—. La tarea que nos hemos puesto es muy bonita: no es una tarea ansiosa, para que logre cosas o recupere lo que ya perdió, es simplemente para que aquello que va a perder, lo pierda lo más lento posible. Es importante quitar la ansiedad

porque, si no, uno vive en el sufrimiento.

Paulina cuenta que un día encontró a Augusto llorando en su pieza. “Le pregunté qué le pasaba. Se demoró en contestarme, pero cuando ya pudo hablar me dijo: ‘No puedo leer’”.

Un médico les explicó que sus ojos habían perdido una función que es la que permite mover el ojo de manera imperceptible y seguir las letras. Antes de que esto ocurriera, él solía leer tres libros a la semana.

—Pero igual él tiene la pulsión. A veces vamos por la calle y lee “Eliodoro Yáñez” y entonces dice “hue... cuico” —cuenta Paulina.

—Eso, y también digo “qué habrá hecho este hue... para tener calle” —dice Augusto, y los dos se ríen a carcajadas.

Hace casi un mes él se perdió. No fue la primera vez. Estaba en la Biblioteca Nacional con su terapeuta ocupacional, la persona que lo acompaña a pasear por Santiago, cuando, de pronto, en el momento en que su acompañante había ido al baño, decidió que quería ir a buscar a Paulina, que estaba ensayando a solo unas cuerdas de ahí, en el Teatro Nacional. Y partió.

—¿No le dio susto perderse?

—No —responde Augusto—, ¿sabes por qué? Porque me acostumbré a pedir ayuda: “Oye, ¿por dónde me tengo que ir para llegar a tal parte?”. Es que no tengo miedo, ese es el punto. Ya que tengo alzhéimer todo lo demás está abierto. Puedo equivocarme, puedo pararme y conversar en la calle. Vamos para adelante.



En agosto de 2016 Augusto Góngora volvió a TVN, pero esta vez para formar parte del directorio del canal. La presidenta Michelle Bachelet envió su nombre junto a tres directores más. Todos fueron aprobados por el Congreso.

Le habían detectado la enfermedad dos años antes. Aceptar el ofrecimiento era un riesgo.

–Nadie sabía de su enfermedad y estaba muy incipiente –dice Paulina Urrutia–, pero si tú me hubieras preguntado a mí, yo habría dicho que no, por miedo. Pero fue conversando con él que dije: “Si la vida es justa, con esto él va a poder volver a TVN en dignidad”.

Casi un año después, en abril de 2017, renunció al directorio por motivos de salud. Una semana antes de renunciar, llegó a la reunión del directorio que se realiza los jueves en el canal y, se instaló a conversar en una oficina que no era el lugar donde se haría la sesión. Cuando pasó el rato, se molestó y se fue.

–Parece que pensó que se había hecho en otro lugar y que no le habíamos avisado. Pero sí lo habíamos hecho –dice Ricardo Solari, presidente del directorio de TVN de esa época.

Luego de que se esclareciera la confusión, él decidió renunciar.

–La decisión de irse de TVN la armó toda él –dice Paulina–. Yo no hice nada. Lo primero que me dijo fue: “He tomado una decisión y quiero que los primeros que lo sepan sean mis hijos”. Se juntó con ellos; y luego con Ricardo Solari.

Él le pidió que se lo contara él al resto de los directores.

–Se dio una conversación maravillosa –recuerda Solari–, en la que cada uno contó su experiencia con el tema, varios habían tenido papás o parientes con alzhéimer o enfermedades graves. Algunos le dijeron que continuara, que eso le iba a hacer bien, otros dijeron que mejor se concentrara en él. Pero él ya tenía tomada la decisión.

Paulina y Augusto han visitado médicos tradicionales y alternativos. Han hecho terapias con imanes, probado con reiki y flores de Bach. Desde hace dos meses, además de la terapeuta ocupacional, tiene sesiones de estimulación cognitiva. En esas sesiones hace puzzles y sudokus, y recorre la ciudad siguiendo el

mapa de sus recuerdos: el cerro San Cristóbal, las casas donde vivió cuando era pequeño y el Museo de la Memoria.

–Fuimos a mi casa en Ejército 3-4-0 –dice Augusto mirando hacia el techo.

–Augusto ¿ese era casa o departamento? –pregunta Paulina.

–Era departamento, segundo piso –le responde él.

–Seco, seco –dice ella.

**–Se acuerda de todo usted.**

Augusto Góngora se ríe satisfecho.

–Y eso que tengo alzhéimer. Leve, pero tengo.

“  
Ya que tengo  
alzhéimer todo  
lo demás está  
abierto. Puedo  
equivocarme,  
puedo pararme  
y conversar en  
la calle. Vamos  
para adelante

”

~

Paulina Urrutia y Augusto Góngora se casaron el 17 de junio de 2016. Fue una ceremonia sencilla: solo participó la familia.

Paulina Urrutia dice que con Augusto son un equipo. Casi todos los días él la acompaña al teatro, donde estuvo montando la obra *La iguana de Alessandra*. Estaban juntos en el camarín y él compartía con el resto del elenco. Cuando comenzaban a ensayar, como una especie de ritual, Góngora siempre se instalaba en una butaca marcada con la letra G.

**–¿La acompaña porque no puedes quedarse en la casa, solo?**

–No, yo podría decirle a mi hija que me acompañara. Pero a mí me gusta ir para allá, porque se qué va a pasar porque lo he visto muchas veces, pero siempre hay algo nuevo. También me gusta hablar con todos.

Hace lo mismo cuando a Paulina le toca grabar una teleserie en TVN.

Esto, según su neuróloga, es fundamental para mantener el alzhéimer lo más a raya posible.

–La otra vez estaba en un seminario con mujeres líderes –cuenta Paulina–. Yo llegué con Augusto, lo presenté y les dije que él tenía algunas dificultades, entonces él contó que tenía esta enfermedad. Había ahí una doctora experta en alzhéimer. En la mitad de mi presentación, Augusto, que estaba sentado con el público, levantó la mano: quería decir algo. Yo le dije que no, que no podía decir nada, porque no era el momento y, además, era hombre. Él alegó que no lo dejaban hablar. Todas rieron.

Al terminar la charla, la doctora se le acercó a Paulina y le dijo que le maravillaba la forma en que lo trataba y cómo lo tenía integrado a su vida. Le explicó que esa no es la norma. Que la gente tiende a esconder a sus familiares que tienen esta enfermedad y que los tratan como “enfermitos”.

–No es primera vez que me dicen que yo no lo trato como enfermito. Y, claro, que no. De hecho, él toma muchas decisiones, resuelve muchas cosas, pero no es algo pensado, es algo natural entre nosotros.

La doctora le dijo a Paulina que está segura que los diagnósticos que se tienen del alzhéimer, de que la gente se aísla, es simplemente por el trato que han recibido.

–A Augusto no lo tengo escondido y no se aísla. No es invisible en nuestras vidas y él no se siente así. Quiere estar.

Augusto Góngora la mira con atención y luego dice:

–Sí, porque mira, este soy yo ahora. Tengo dificultades, pero aquí estoy.

–Lo único que pido es que se demore lo más posible y poder aprovecharlo al máximo –dice Paulina Urrutia–. Por mientras, nosotros gozamos, salimos a comer, nos tomamos nuestro pisco sour.

Augusto Góngora se para y aleja para fumar un cigarro. Entonces la actriz dice:

–Ese hombre me hace más feliz que cualquier cosa, para mí no hay otro panorama mejor que estar con él. Él siempre me impulsa. Yo, por ejemplo, soy una persona muy miedosa, me asusto con todo y él me quita los miedos, toda la vida ha sido así. Esas canas, esa energía, es todo lo que no soy.

Paulina Urrutia se emociona.

–Él no ha dejado de ser valioso, aunque no se acuerde de nada. Y, probablemente no lo deje de ser nunca. He pensado harto en eso, en que el drama que viven los enfermos de alzhéimer, es que la gente los deja de ir a ver porque dicen “para qué, si no se va a acordar de mí”. Lo que aprendí con la Galita, mi tía, es que daba lo mismo la historia de ella. Era lo que yo me acordaba de ella. La historia está en mí. Yo a ella la amé como ser humano por todo lo que viví con ella. Y pienso lo mismo con Augusto. He aprendido que mientras no lo olvide a él, lo voy a tener, y amarle será mi recuerdo.

Augusto Góngora vuelve a la mesa y se sienta. Ella vuelve a cubrirle las piernas con la manta.

–A mí, lo que me da terror es que Augusto se olvidé de mí. Ese es mi miedo.

Augusto Góngora la mira sorprendido y luego dice:

–¿Quién eres tú?

Ambos se largan a reír. S